DÍA DE LA MONTAÑA
DÍA DE CANTABRIA

Pedro Crespo de Lara

1987

Señora: que no hay en el mundo entero
hermosura tal que a la vuestra alcance
viene a sostenerlo aquí, a todo trance,
de esta fiesta famosa el pregonero.

Y si alguien a ponerla en duda osara
correría la sangre en Cabezón,
mas no habrá quien lo ponga en discusión
siendo de todos la evidencia clara.

La belleza de las damas de honor
de esta corte me trae al pensamiento
un atentado de destronamiento,
pues, si una es bella, la otra es superior.

Y proclamada así vuestra hermosura,
como es en toda tierra de hidalgos ley,
permitidme que, ante vuestra digna grey,
pregone el festejo que se inaugura.

«A quien Dios quiere ayudar
hasta el ábrego le atropa la hierba»,
dice el cántabro proverbio;
pídole yo ayuda en esta tarea.

Fue esta fiesta, el Día de la Montaña,
hace años en Cabezón implantada
para exaltar, en síntesis cuidada,
a Cantabria en su verdadera entraña.

Los valles con sus prados bien repuestos,
los montes con los viejos cagigales,
las mieses, apretadas de maizales,
las playas, extendidas entre cuestos.

Los labradores y los ganaderos,
los artesanos y los taberneros,

las gentes del monte y los invernales
—jabalíes y corzos por los pernales—,
cabañas, refugios y prendederos.

Hombres y mujeres de junto al mar,
expertos en las artes de pescar,
retoños del mundo de Sotileza
que Cancio cantara con agudeza
y un dejo de amargura en su cantar.

Los ríos que nacen allá en Tres Mares,
más el Miera, el Deva, el Saja y el Pas,
que desde el alto Sejos los verás
discurrir orgullosos por sus lares.

Las casonas con sus nobles blasones,
pintores y trovadores,
poetas, rabelistas e historiadores,
bailes, danzas, romances y canciones.

Este universo que bulle y palpita,
y que al jándalo y al indiano invoca,
cunde, canta y salta, de boca en boca,
en torno a Cabezón que lo concita.

Porque es esta villa, la de la sal,
patria de ilustres ingenios
que brillaron, señeros, en proscenios
de prestigio y alcance universal.

Tales, los Espina y los Blanchard,
y, en méritos similares,
los Quirós y González de Linares,
San Diego y otros muchos a nombrar,
que doy por dichos para no cansar.

Estos muchos y preclaros talentos
hicieron a sus paisanos atentos
de Cantabria las fibras a estimar.

Las fibras de Pereda y de Llano,
de los Manzanedo y Valdecilla
y de aquella luminaria que brilla
en el Olimpo del saber humano.

Las fibras ancestrales de Quevedo,
de Herrera, de Lope y de Guevara,

la de Juan de la Cosa, el que alumbrara
caminos en la mar, que canta el *credo*.

Y para que gocéis con conocimiento
de los festejos que hoy la villa empieza,
dejadme que os relate con llaneza
cuatro cosas de nuestro ayuntamiento.

* * *

Cabezón tenía unas tres mil almas
cuando yo era niño. Años de posguerra.
El comercio primaba sobre el campo,
crecía el negocio de la madera.

Comerciantes, labradores, obreros,
artesanos y otras gentes diversas
convivíamos en paz una vida
entre áspera, sencilla y llevadera.

Nosotros, los niños de aquel entonces,
no sabíamos nada de la guerra
y lo que contaban nos parecía
asunto de crónicas y leyendas.

En barrios dividíase la villa,
los de Salines, La Losa y La Pesa,
y el de la Estación. Y todos mantenían
su estilo, sus costumbres y sus fiestas.

Carrejo, Santibáñez y Casar,
Bustablado y Cabrojo, con sus breñas,
más Duña con Vernejo y con Ontoria
de Cabezón eran y son sus perlas.

El alcalde, jefe del Movimiento,
el párroco, cabeza de la Iglesia,
sindicatos, Frente de Juventudes,
camisas nuevas y camisas viejas.

Había pobres, necesitados y enfermos,
que se inscribían en la beneficencia,
daba alimentos Auxilio Social
y orden la Guardia Civil caminera.

Recuerdo la plaza de los domingos,
retablo de economía montañesa,

productos de la tierra y artesanos,
mujeres, trajinantes, renoveras.

La feria del ganado era en La Losa,
trasiego de frisonas y holandesas,
ahijadas, vocerío de vaqueros,
una vaca que escapa a la carrera;

los negros blusones de los tratantes,
los truchimanes de mirada inquieta,
gentes del trato que ayudan al choque
de manos y a la robla en la taberna.

Tiempos aquellos del racionamiento,
hambres calladas, colas en las tiendas,
los cupos según las categorías
de primera, de segunda y tercera.

El pan era de patata y salvado
y una tarea el escoger lentejas
y apartar las alubias con gorgojo
mientras se esperaba la parva cena.

Esta cena ser podría
meras patatas exentas,
un tazón de leche fría
y, humeantes, las pulientas.

De la luz, no era extraño el apagón
y, ocurrido, al pábilo de una vela
su retorno se esperaba
en la casa, en la tasca o en la novena.

Cuando esto acontecía en el Mafepe,
los silbidos se oían en Mazcuerras,
y sólo era capaz de sofocarlos
Mariano, tronando en las escaleras.

El invierno el brasero reclamaba,
la estufa de carbón, la chimenea;
las camas para dormir se templaban
con ladrillos calientes y botellas.

Carámbanos orlaban los aleros,
los charcos espejaban las camberas,
los hielos herían la madrugada
con hojas de navaja cabritera.

Sonaba a las seis, en la fabricona,
el lamento largo de una sirena,
y a despertarse comenzaba el pueblo
y a oírse el clo, clo, clo de las almadreñas.

Obreros de Sniace y de la mina
iban a trabajar en bicicleta,
calada la gorra, el cuerpo abrigado
y la frugal comida en una cesta.

Sonaba luego el pitido del tren,
como el aullido de un ánima en pena,
avisando a los viajeros que salían,
cual sombras, de su casa, a la carrera.

De la iglesia, a las ocho, las campanas
tocaban los «tres golpes» a la media,
y empezaba la misa cotidiana
con latines y menguada asistencia.

* * *

A las monjas iban los escolares
de los píos hogares;
otros, a las escuelas nacionales
y unos pocos a academias locales.
Por el puente de la escuela, al pasar,
se oía la tabla de multiplicar.
Se jugaba al jincón y a las canicas,
al güa y al vito: ¡o juegas o te achicas!
¡Guardia camino real,
a esconderse en un portal!
¿Adivina quién te dio?,
dijo uno y se escondió.

Una muchedumbre espesa
baja, torva, de La Pesa
para librar a pedradas,
por vanas baladronadas,
un duelo en la barredura,
¡¡viva la gente menuda!!

* * *

Paragüero, afilador, cacharrero,
un paraguas, un cuchillo, un puchero.
Al sonar este pregón

todo el mundo se decía:
«barrunta agua», y solía
ser verdad la predicción.

Las cocinas de negra campana
y las cocinas modernas de leña,
como altares de fuego sagrado,
ponían alma en la vida hogareña.

Vivimos, los de mi generación,
vestigios de la edad de la madera,
de ella eran los avíos esenciales
de la vida común en nuestra tierra.

De madera eran la cuna y la silla,
las entrañas de la casa y las puertas,
los pesebres, las cubas, los arados,
las mesas, los aperos, las artesas,
los sagrarios, los armarios,
los carros, los adrales y maseras,
los andamios, las portillas, los hastiales,
las ahijadas, las cavachas y almadreñas
y también los ataúdes
y el contén de los aludes.

Hay en la montaña alta
un campesino coturno
que bordan los carmuniegos:
la abarca de tres tarugos.

* * *

«Marzo florido seas bienvenido»,
cantaba alegre la gente marcera,
animando las calles y las casas
con la savia nueva de primavera.

Los quintos, madre, los van a llevar
a tierras del moro a guerrear;
los quintos cantaban tras el sorteo
y recordaba su canto a las levas,
y de las madres y novias el llanto
por sus hombres que se van a la guerra.

Eran bárbaras algunas costumbres
como aquellas cencerradas plebeyas

que se daban a los vivos al casarse
con campanas, sartenes y tarteras.

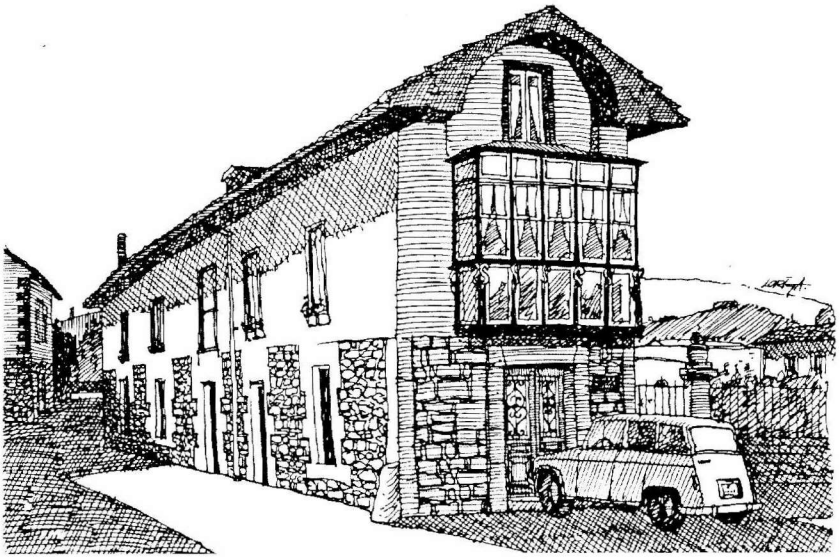
Tras la Cuaresma, la Semana Santa
colmaba la presencia de la iglesia,
cerrábanse los bares y los cines,
callaban las campanas vocingleras.

Y, a toque de carracas, se llamaba
a sermones, procesiones y velas,
hasta el domingo de Resurrección,
que tornaba la vida a su rodera.

En junio empezaban las romerías:
la de San Juan, en Virgen, la primera;
música asmática y chiquillería
y los del pueblo vestidos de fiesta.

El pitero de Cos, y Masio y Bosio,
epígonos de tradiciones viejas,
alternaban con la pobre charanga,
notas antiguas y notas modernas.

En junio se segaba para seco.
Me acuerdo de llevarles la merienda



La casa de Lara.

a los segadores, y de volver,
ebrio de gozo, en un carro de hierba.

Portajén, el Pozo La Luz, Vernejo,
lugares de nuestros baños
que aparecen al correr de los años
con luces y sombras de un cuadro viejo.

Arbolón de la finca de Amadeo,
que das sombra y solaz al caminante,
bello ejemplar de la flora gigante,
gentil blasón de Ontoria en el paseo[1].

Que el gran pueblo de Cabezón te guarde
de la arrogancia del ensanche urbano,
que nadie ose en ti poner su mano
y, si tal, que la pierda por cobarde.

* * *

¡Ah, las fiestas de agosto!,
mi memoria os conserva,
entre las muchas memorias vividas,
limpias como patenas.

Gigantes y cabezudos,
grotescos y repolludos,
entre gritos y cohetes,
chiquillos y mozalbetes

dan el toque inaugural,
con Rafael Frübeck, teniente,
y, avanzando entre la gente,
Bernabé, el municipal.

La Virgen del Campo sale
a la calle en procesión;
campanas, dale que dale,
la acompañan con su son.

En la plaza de su nombre
los picayos bailarán;
aquel niño ya es un hombre,
¡cómo los años se van!

---

[1] Se refiere a un fresno, que querían quitar para ensanchar la carretera

Vuelve el cortejo a la iglesia
entre luces de bengalas;
los danzantes, las zagalas
y casos de hiperestesia.

Al terminar la función
los amigos y parientes
y los deudos, sonrientes,
se demuestran efusión.

Y enseguida se dispersan,
cada cual se va a su cena,
luego a verse a la verbena
donde miran y conversan.

La fiesta del día trece
a todo el mundo apetece.
Tras la solemne misa mayor
hay un concierto en la plaza,
allí está Regino Sainz de la Maza,
un lujo, como mero espectador.

Bajo el balcón de la fonda,
donde el público se sienta,
con cerveza, vino o menta,
una ronda y otra ronda.

Los festejos de san Roque,
los picayos y el retoque
castañueril bailador
y la asistencia fiestera,
que ocupa la carretera
al son del pito y tambor.

¡Ay, verbenas de san Roque,
tente ahí, nadie las toque!
la luna sobre las tejas
ilumina a las parejas
los caminos de Sajón;
jarana, canto, alegría,
alguna que otra porfía,
notas de la noche son.

Un pasacalles marchoso al final,
cerraba al alba la fiesta anual.
Advenía del otoño la calma,
y el invierno se anunciaba en el alma.

Y, puesto que ya estáis en antecedentes,
no quiero fatigar más vuestras mentes.

¡Pejinos, cabuérnigos, trasmeranos,
pasiegos, lebaniegos, campurrianos,
nuestro corazón se abre y manifiesta
bienvenidos seáis a nuestra fiesta!

A todos: vecino o forastero,
os deseo, y termino mi pregón,
que os divirtáis a tope en Cabezón.
Y deis de ello cuartos al pregonero.

Pedro Crespo de Lara